

El Hotel de Soissons, del cual no queda vestigio alguno, hallábase situado en el espacio ocupado hoy por la Bolsa de Comercio. Recibió en un principio el nombre de *Hotel de Nesle*, del de su primer poseedor, quien lo regaló al rey Louis IX y á la reina Blanca, pasando más tarde este célebre edificio á manos del conde de Valois hermano de Felipe el hermoso, y de las de éste á las de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, por lo que se le conoció también con la denominación de Hotel de Bohemia, ó de Behague.

Tras dos largos siglos de vicisitudes, el antiguo Hotel de Nesle, que en su casi totalidad servía de refugio á una colectividad de mujeres arrepentidas, fué arrasado por orden de Catalina de Médicis, quien hubo de escoger el sitio que ocupaba para hacer construir en él un nuevo edificio que recibió el nombre de *Hotel de Soissons*.

Esta grandiosa y señorial mansión componíase, en la época de que hablamos, de tres cuerpos de edificio principales de los que el más importante, el del centro, se dividía en dos pabellones cubiertos con pizarras teniendo á derecha é izquierda otros dos edificios en arimez.

Delante del pabellón central hallábase el patio, cerrado por una galería con terraza, alumbrada por numerosas ventanas. Un portón, copia del de Farnesio en Caprarole daba acceso al Hotel. Una Venus de mármol, obra de Juan Goujón, adornaba el centro de una fuente de mármol del mismo color que ocupaba el centro de un parterre al que podía llegarse luego de haber atravesado el patio de honor.

Dando frente á las habitaciones de lujo hubo de trazar el jardinero paisajista de la corte un gran parterre á la francesa, que se prolongaba hasta las calles de Grenelle, San Honorato, de los dos Escudos y Coquillière, y cuyas avenidas plantadas de árboles, así como los macizos de verdura, ocultaban las casas circunvecinas.

Terminaremos esta descripción topográfica añadiendo que en el ala derecha del edificio estaba la capilla, en la que se guardaban grandes riquezas, y por oposición sin duda, ó por extraño capricho de un alma solicitada alternativamente por las santas creencias y las supersticiones religiosas, en el ala opuesta alzábase una columna, ó torre mejor dicho, en la que se instaló el célebre Côme Ruggieri, con su observatorio y laboratorio correspondientes, para dedicarse á arrancar á los astros sus secretos con respecto á lo porvenir.

Toda la parte posterior del Hotel, que Catalina de Médicis habitaba desde que entre ella y su hijo menor surgieran los últimos disentimientos, confinaba con la calle del Horno.

En la época en que trabamos conocimiento con ella, la viuda de Enrique II frisaba en los cincuenta y nueve años, y era una mujer de elevada estatura, de cara hermética y fría que no conservaba el menor vestigio de la italiana belleza que Varillas puso en uno de sus retratos, como tampoco la mujer conservaba nada de aquella su antigua coquetería que la indujo á inventar un nuevo modo de montar las acaneas en forma tal que fuera posible admirar su pantorrilla cubierta por transparente media de seda.

Lo único que quedaba á aquella reina que durante cuarenta y cinco años vivió una vida imposible de intrigas, de ficciones y de embustes, era la albura mate de su rostro, exagerada aún si cabe, y la movilidad inverosímil de su mirada fascinadora.

Más aún que en sus mejores tiempos seguía entonces « oliendo á cadáver » según frase de su esposo quien sentía por ella profunda repulsión, hasta el punto de no determinarse á cumplir sus deberes de marido sino en contadas ocasiones y « realizando un esfuerzo. »

Esto no es de extrañar teniendo en cuenta que Catalina formaba parte de una familia muy castigada por la enfermedad de que murió Francisco I<sup>o</sup>, en términos que la funesta mujer debía conducir necesariamente la raza de los Valois hacia la degeneración y el aniquilamiento.

« Fría como la sangre de los muertos, — ha dicho el implacable Michelet, — Catalina llevaba en su seno el germen mórbido que matara á su padre y á su madre, y no le era permitido concebir sino en los períodos en que precisamente la Medicina impone como necesaria la abstinencia en la obra de carne. »

Probable es que, sin las exhortaciones de Diana de Poitiers, quien deseaba para su real amante una descendencia legítima, probable es, repetimos, que no hubiera tenido Francia la desgracia de ver cómo otros Valois sucedían en el trono al vencedor de Mariñan.

« La primera calamidad deseada se llamó Francisco II, rey podrido que murió de una fluxión en la oreja y nos dejó al marcharse la guerra civil. La segunda se llamó Carlos IX, el loco que ordenó la degollina de la San Bartolomé. Luego vino un degenerado, Enrique III y con él el envilecimiento de Francia. »

Purgada en fin con la generación de hijos escrofulosos y de siniestros abortos, la hija del duque de Hurbin y de Magdalena de la Tour, pudo envejecer engordando y satisfecha, con alegría macabra, siempre en acecho de una nueva infamia que cometer con tal de que gracias á ella pudiese concebir una vez más la esperanza de ver acercarse á ella á su hijo preferido.

Vamos ahora á conducir al lector á la presencia de esta mujer fatal, y para ello volvamos mentalmente á la mañana aquella que alumbró el final de la fiesta en la casa de las Miñonas, el duelo en el Prado de los Clérigos, la orden dada á Matraca por el misterioso personaje de la capa de que transportase el cuerpo de Juan

du Gaz al Luvre, la llegada de Bernardo de Arma al hospitalario refugio de la calle del Pie del Diablo, el conciliábulo del callejón del Paraíso, y, por último, la desaparición de Divina, la loca respetada en la corte de los milagros.

Serían como las diez de dicha mañana, y las ventanas del Hotel de Soissons seguían cerradas, ni más ni menos que si todo durmiera en su interior. Y no era así, sin embargo; ya hacía algún tiempo que la reina-madre se hallaba en su oratorio, recibiendo visitas ó abriendo los avisos que le enviaban los espías inúmeros que tenía diseminados por todas partes.

Catalina era trabajadora infatigable; católica á macha martillo en determinados momentos, y casi pagana en otras ocasiones, según que su propio interés la empujaba hacia la religión ó hacia la impiedad.

Aquella mañana había escuchado ya la relación de todo cuanto se había dicho y hecho la noche anterior en el establecimiento de la Pulpa. De todo lo referente á este punto concreto, una sola cosa pareció interesarle vivamente; la teatral entrada del joven desconocido que llegaba á fustigar con su insultante desafío al favorito de las dos cortes, al hombre por ella escogido para casarse con la señorita de Villanueva-Marsan á fin de comenzar con este matrimonio la desagregación del bloque de jóvenes voluptuosos que formaban la corte del rey.

Aquel imprudente mancebo podía complicar y ¡quién sabe! tal vez deshacer las sabias maquinaciones urdidas por ella... Era cosa de impedirlo. Pero ¿de

dónde llegaba el mozo en cuestión? ¿Quién era?

Ni la señorita de Limeuil ni la de San Remy podían contestar á estas preguntas, pues como el lector recordará fueron despedidas por el duque Rolando antes de que terminase la explicación; la reina, en vista de ello, las autorizó para que se retirasen á descansar, lo cual les hacia muy buena falta.

Cuando ambas jóvenes se hubieron retirado preguntó Catalina á una de sus camaristas:

— ¿Ha vuelto esta noche al Hotel Gaspar Mouvette?

— No, señora.

— ¡Es extraño! Que vayan en busca de mi astrólogo. Necesito saber por él si ese jovenzuelo audaz y torpe puede sernos útil ó perjudicial.

No obstante la orden recibida, la camarista permaneció inmóvil.

— ¿No has oído, Bella, lo que he dicho? — preguntó extrañada la reina madre.

La camarista, siempre inmóvil, contestó:

— Señora, el señor Abou-Nadarah salió del Hotel un poco antes de la media noche.

— ¿Por dónde?

— Por la puerta particular que le está reservada; la que da á la calle de los Dos-Escudos.

— Es natural; — aprobó la reina; — el hombre tiene libertad para proceder á su antojo.

La observación iba dirigida á la camarista; sin embargo, Catalina, en su fuero interno, no encontraba natural aquella salida nocturna.

— Es un hombre singular ese musulmán; — pensaba.

— ¿Un sabio? Sí, sin duda, pero también un enigma viviente. Para tenerlo á mi servicio hube de asegurarle que gozaría de completa libertad para ir y venir á su antojo... ¿Dónde puede ir?... ¿Qué es lo que hace?... Claro que yo podría hacerle vigilar... Pero no; eso sería tan imprudente como inútil puesto que lo adivina todo, que lo sabe todo... ¡Lee en los astros! Creo lo que me dice, pero... á veces le tengo miedo, cuando parece como si en sus ojos inquietantes brillasen llamas devoradoras. ¡Ah! ¡Cuánto preferiría tener junto á mí al pobre René! ¡Ese sí que me comprendía y me amaba!... Nostradamus no poseyó nunca por entero mi confianza... y éste, Ruggieri, se ha dejado engañar estúpidamente...

En esto estaba la reina de sus reflexiones cuando llegaron á anunciarle que miss Huming acababa de presentarse en el Hotel solicitando verla.

Catalina ordenó que la introdujesen.

La que llegaba era en efecto miss Huming, hermana menor de la escocesa que fué amada por Enrique II, y la misma á quien vimos en Bonaguil y en el Hotel de los Villanueva-Marsan, la misma miss Huming cuya misión aparente era la de acompañar á París á las damas desterradas, por más de que su oficiosidad servil no debía detenerse con el cumplimiento de tan fácil tarea.

Penetró en el oratorio la hermosa rubia con paso lento; y baja la vista, inclinado el busto hacia adelante, en actitud de respetuosa humildad, llegó á arrojarse delante de su ama al mismo tiempo que apo-

yaba sus labios carmineos en la fría mano que se le tendía.

— Mi soberana, — murmuró con aquella voz melosamente hipócrita que adoptaban todas las personas educadas por Catalina — quedan cumplidas vuestras órdenes. Las damas que fuí á buscar por orden vuestra están en París.

La Médicis despidió á Bella con un ademán autoritario; y luego, cuando el pesado portier cayó, al desaparecer la camarista, Catalina dijo á la prosternada joven:

— Bien, Huming, estoy contenta de ti... Levántate... Bueno, ahora dime: ¿has podido ver de cerca á la Villanueva-Marsan, estudiarla un poco...

¿Es hermosa?

— La marquesa es una de las bellezas más arrogantes que he visto en mi vida, señora.

En el corazón de Catalina había una llaga generada por los celos que tuvo en un tiempo de la esposa del gran marqués. Ni un solo día pudo olvidar que había sorprendido las miradas de admiración que á la marquesa dedicaba René el Florentino, el único hombre que hiciera latir con un sentimiento humano el corazón de tigre encerrado en el pecho de la reina. Miss Huming, sabiéndolo ó sin saberlo, acababa de abrir aquella llaga mal cerrada.

— ¡No es de esa de quien hablo, desgraciada! — gritó colérica. — Esa no ha de gozar por mucho tiempo del real favor... Me refiero á su hija; á la futura duquesa de Nemours.

— Quiera vuestra majestad perdonarme un instante de olvido... Cuanto á la señorita Solange, es deliciosa.

— ¿Dúctil?

Sin contestar directamente á esta pregunta, miss Huming prosiguió:

— He tomado informes en los alrededores de Bonaguil. Dicen si tiene ó no tiene una aventurilla ..

— ¡ Ah! ¿ Y con quién?

— Con un caballero sin fortuna que no es del país, señora.

— ¿ Su nombre?

— No lo conozco, aunque sí el remoquete; le llaman Sed de Amor.

— Todo eso importa poco, puesto que el enamorado está lejos.

— Excusadme, señora, si os contradigo. Desde Villanueva de Agen ha venido siguiéndonos durante todo el camino un caballero acompañado de un servidor, y por la emoción que en distintas ocasiones ha manifestado la señorita me ha parecido comprender...

— Que ese caballero no es otro que el Sed de Amor de referencia, ¿ no es eso? Bueno, pues había que vigilar ese asunto y muy de cerca, Huming. Pero... ¿ qué es eso?

Esta pregunta dirigiase á Bella. La camarista acababa de mostrarse junto al portier por ella levantado.

— Señora, es un pliego que envía el teniente de guardia en la puerta de Nesle.

Rompió la Médicis el sello, y sin que en su rostro impasible se reflejasen los sentimientos que pudieran agitarla, se enteró del siguiente informe:

« Los comensales reunidos esta noche en la casa de las Miñonas se han batido esta mañana en el juego de pelota del Prado de los Clérigos. Partió la provocación de un joven desconocido, que se introdujo, nadie sabe cómo ni por dónde en casa de la Pulpa... Los señores amigos de Su Majestad han sufrido bastante .. El desconocido, espadachín temible, ha desarmado al señor duque de Nemours, dejado por muerto al caballero Juan du Gaz y saltado el ojo derecho del señor de Maugiron... Hase ordenado la busca y captura del joven desconocido, quien como signo distintivo lleva en el sombrero una rama de muérdago en flor. »

Mientras rompía en menudos pedazos el mensaje, Catalina pensaba:

— ¿ Du Gaz muerto?... Me parece muy bien: siempre es uno menos. ¿ Maugiron tuerto? ¡ Admirable! Tanto más cuanto que Enrique gusta demasiado de la belleza para conservar junto á su persona un semblante tan desfigurado. ¡ Bien ha trabajado el joven desconocido, y mucho me holgaría de saberlo al abrigo de toda persecución!... Pensándolo bien, paréceme que fuera acertado atraerme á un hombre de ese temple. Porque para desarmar á Nemours, el rey de los refinados, preciso es que no sea manco...

Como si una idea afortunada cruzase de pronto por su cerebro, preguntó á la inglesita:

— Dime, Huming; ¿ llevaba una pluma roja en el

sombrero el joven que os ha escoltado por esos caminos ?

— No, señora ; olvidé haceros conocer ese detalle. En vez de pluma su sombrero adornábase con una rama de muérdago.

— ¿ En flor ?

— Sí, en flor, mi soberana. ¿ Conociáis ya ese detalle ?

— Yo sé, — exclamó Catalina — que tu aventurero *sin gran importancia*, tu Sed de Amor, es un noble disfrazado puesto que ha podido cruzar su acero con el de los mas ilustres gentileshombres del reino. Sé además que es un verdadero diablo que será preciso amordazar á tiempo si no queremos que estorbe nuestros planes.

— La señorita de Villanueva-Marsan...

— No debe volver á verlo... Procurálo así, y en caso de que se presente prevénme lo antes posible. Y ahora sepamos qué es lo que traes ahí.

Catalina señalaba al decir esto un paquete rectangular colocado en el suelo, en el sitio mismo en que se arrodillara al entrar la bella inglesa.

— Es el retrato del marqués de Villanueva-Marsán, señora ; — dijo miss Huming. — ¿ No me encargasteis que os lo trajera ?

— Sí por cierto, Huming ; si por cierto. Veo que has podido procurártelo...

— Lo descolgué esta mañana en el gran salón ; pero sería imprudente guardarlo mucho tiempo.

— Dentro de un momento podrás llevártelo para colgarlo de nuevo en su sitio ; — afirmó Catalina. —

Ahora siéntate en ese rincón oscuro ; paréceme que ya están ahí los que deben servirse como modelo de ese retrato...

En efecto : la camarista reaparecía en aquel instante anunciando :

— Llegó el señor Gaspar Mouvette acompañado de un personaje de altivo porte pero mal vestido.

Catalina sonrió. Precisamente aquel personaje mal vestido era á quien ella esperaba.

— Retira la tela que cubre ese cuadro, — ordenó — y colócalo sobre el apoyo del reclinatorio de modo que se vea bien... Bueno : ahora haz entrar á esos señores.

Mientras Bella cumplía la orden la Médicis logró hacer á su busto, aprisionado en la coraza que la moda imponía entonces como corsé á las damas, una evolución que permitió á la reina lanzar una mirada al cuadro expuesto.

Era el retrato de un gentilhomme como de treinta años de edad, de porte altivo y de noble prestancia. Aparecía vestido con el traje de guerra usado quince años antes por los capitanes del duque de Guisa, del mismo que Poltrot debía asesinar más tarde. Por una singular infracción á las reglas de la moda, el retratado llevaba toda la barba, de color castaño, como los cabellos. La frente despejada y espaciosa del guerrero aparecía como aureolada por cierto aire de austera lealtad, reflejo sin duda de una conciencia huérfana de reproches.

El hombre que sirviera de modelo á aquel vibrante

retrato no tuvo en verdad motivos para bendecir el destino, que hubo de mostrarse implacable para con él. Era Jacobo de Villanueva-Marsan, quien habíase hecho retratar en el breve apogeo de su dicha pasajera, cuando la marquesa su esposa acababa de hacerle padre de dos ángeles gemelos : Solange y Genoveva.

Cosa extraña. En el momento en que se cruzaban las dos miradas, la viva de María de Médicis y la inmóvil del caballero retratado, hubiérase dicho que un relámpago de reto brotaba de cada una de ellas.

— Debe haber envejecido bastante; — murmuró la reinamadre apartando los ojos del cuadro. — Gaspar lo ha visto y podrá indicarnos los retoques que conviene hacer... Pero aquí está mi hombre.

Habíase en efecto levantado de nuevo el portier para dar paso al polizonte tras el cual apareció Gaulfarault; Gaulfarault en persona, el más elevado dignatario de la corte de los milagros.

Visto de espaldas hubiera podido confundírsele, como observara Pedro Mirot, el llavero de Vincennes, con el gran marqués detenido en la torre, por su elevada estatura y su imponente modo de andar. En cambio de cara, sobre todo si el príncipe de los hampones estaba descubierto, la confusión entre ambos era imposible, por cuanto cierta tenaz alopecia habíase encargado de desnudar el cráneo y la barba del inmenso Gaulfarault. Debemos consignar sin embargo, que esta era la única diferencia física que permitía distinguir al uno del otro.

Y he aquí que precisamente esa confusión era la que

se trataba de hacer posible, por constituir el eje, la llave maestra de la nueva intriga organizada por la reina madre.

Desde el momento de su llegada al oratorio, Gaulfarault, lejos de sentirse intimidado en presencia de la que él sabía ser la madre del rey, dióse á examinarlo todo con interés á derecha é izquierda, y encogióse enseguida de hombros murmurando en tono despectivo :

— Poco negocio harían aquí nuestros descuideros... Unas cuantas imágenes, agua bendita y reliquias... ¡Bah! miseria y compañía.

Mirábalo Catalina acercarse y lo examinaba atentamente al mismo tiempo.

— ¡Alto! — murmuró á su oído Gaspar Mouvette. — Un poco de corrección en este momento, amigo Gaulfarault, si te es posible. Ten en cuenta que la poderosa señora en cuya presencia te hallas puede hacer de ti, según su capricho, un péndulo de horca ó un gran señor... No lo olvides.

La voz blanca de Catalina de Médicis puso término á estas sabias recomendaciones.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó.

— He ahí un modo de entrar en materia que nos promete la pérdida de un tiempo precioso; — dijo el bribón envolviéndose en su capa agujereada con la dignidad de un senador romano. — El señor Gaspar habría procedido cuerdamente poniéndoos por adelantado al corriente de esos detalles sin importancia, noble dama.

— Mucho alzas el tono, hombre; — dijo Catalina siempre fría. — ¿Sabes quién soy yo?

— Claro que lo sé; y no es para mí una sorpresa el veros hecha como todo el mundo. Vos sois la antigua rival legítima de la castellana de Anet...

Al oír esto el polizonte le apretó con fuerza el puño.

— ¡Desdichado! — dijo. — ¿Cómo te atreves?...

— ¡Déjale! — ordenó la italiana cuyo semblante inmóvil no denotaba la menor contrariedad. — La imprudencia de ese rufián no carece de cierto valor...

Miss Huming, oculta en su rincón, presenciaba en silencio aquella escena increíble, sumida en el estupor más profundo.

Gaultfarault sin turbarse, antes al contrario más dueño de sí mismo á cada momento, continuó:

— Entre gentes de buena compañía, noble dama, las mutuas consideraciones son de rigor. Pero ya hemos sido presentados y ya nos conocemos; ¿no os parece llegado el momento de ir á lo que importa?

— ¿Tanta prisa tienes?

— La tengo siempre.

— ¿Pues qué oficio desempeñas?

Como si esta pregunta hubiese herido en lo vivo su dignidad, Gaultfarault echó atrás los embozos de la capa, dejando al descubierto los heroicos andrajos que despedían cierto tufillo desconocido en Arabia.

— ¡Por mi corona! — exclamó arrogante. — ¿Hasta tal punto os flaquea la memoria, noble dama, ó bien no oísteis hablar nunca del gran Coesre cuya persona inspira amor y respeto á todos los milagrosos del

mundo? Si lo que deseáis ofrecerme es un cargo, inútil es que hablemos más; yo estoy muy por encima de los más elevados, y los desdén todos.

La reina madre llevó aparte á Mouvette.

— ¿Te habrás equivocado? — le preguntó á media voz. — Ese personaje suda demencia por todos los poros de su cuerpo.

— Tranquilizaos, señora, — contestó el oficial en el mismo tono. — Su inteligencia es, por el contrario, extraordinaria. Un poco hablador, sin duda, y un mucho cobarde, pero original con convicción, embustero sin escrúpulos, filósofo sin prejuicios, y dotado además de un orgullo inconmensurable... Ahí donde lo veis ha encontrado el modo de vivir con holgura sin hacer absolutamente nada y sin hallarse en posesión de un solo sueldo.

— Si, todo eso será cierto sin duda, — insistió la Médicis; — pero temo que sea demasiado exaltado.

— No: en mi humilde opinión lo creo indicadísimo para desempeñar el papel que le habéis confiado, ó que vais á confiarle, majestad. Reflexionad que diez años seguidos de cautiverio determinan por fuerza cierto desequilibrio en el cerebro más sólido. Si ese hombre fuera menos excéntrico tal vez no lograra hacer creer que ha sufrido tan larga encerrona. Creedme señora, tal y como es, este individuo es el único que puede disfrazarse de león y desempeñar á satisfacción vuestra su papel mientras él se sienta en seguridad.

— Creo que estás en lo justo; — aprobó Catalina decidiéndose: — Además no le perderemos de vista...

Volviéndose hacia Gaultfarault y clavando en él su mirada de serpiente, le preguntó:

— ¿Tienes tú alguna idea, aunque sea vaga, de lo que puede ser un marqués?

Durante el corto diálogo secreto entre la reina madre y el policía, el potentado de la corte de los milagros habíase instalado cómodamente en el elevado asiento de una butaca, pensando que el secreteo iba para largo y que, si él se dormía, no dejaría de despertarlo á tiempo su amigote Gaspar. Y comenzaba ya á amodorrarse, cuando la pregunta de la reina llegó á sacarle de su estado de torpeza.

— Un marqués, — contestó con dificultad — es muy poca cosa comparado con un rey... ¡Y yo soy rey! Rey de Thunes.

— Rey del Argot, quiere decir; — explicó Gaspar.

El semblante marmóreo de Catalina pareció animarse con la sombra de una sonrisa.

— Es un tipo divertido; — dijo. — Y dirigiéndose al hampón le preguntó con seriedad:

— Se trata de saber si te repugnaría descender de tu trono para ceñirte la corona de doce puntas.

Gaultfarault sonrió irónicamente.

— Más tenía la de Nuestro Señor, — dijo — y sin embargo, lo crucificaron... Escuchadme, noble dama: descender es decaer. Para que yo consienta en abandonar mi reino fuera preciso que se me ofrecieran serias compensaciones... vamos á ver, ¿ese marquésado, lleva consigo una dotación presentable? Porque

si yo he de ser marqués lo seré de veras ó no hay que contar conmigo.

La temeraria presunción de aquel bellaco comenzaba á impacientar á la reina, cuyos pómulos adquirirían tonalidades de marfil viejo que era su manera de palidecer.

— Majestad — exclamó temblando el agente del Prevostazgo — dignaos creer que yo no he prometido nada á este hombre, absolutamente nada.

Habíase levantado el gran Coesre mostrando una vez más lo aventajado de su estatura.

— Cierto; — afirmó. — Gaspar no me ha prometido nada, noble dama. Pero aunque lo hubiera hecho, sabed que yo no habría concedido crédito alguno á las promesas de un empleado de baja categoría. Podrá ser que no nos entendamos; bueno, pues si tal sucede no hay porqué enfadarse... Y como me parece que estamos lejos de llegar á una inteligencia, vamos á suponer que mi visita lo ha sido de pura cortesía y no hablemos más... Conque señora reina, ¡hasta la vista!

Así diciendo iniciaba Gaultfarault un movimiento de retirada, cuando la reina lo detuvo con ademán imperioso.

— Serás marqués; — le dijo — llevarás un título de autenticidad indiscutible.

— Eso es ponerse en la razón, — afirmó el bellaco volviendo sobre sus pasos — y así es un placer hablar con vos, noble dama. Permitidme sin embargo que os suplique que abreviemos todo lo posible... Vamos á ver: ¿á qué personaje debo yo reemplazar? Porque

para algo me han encargado que traiga mi caja de transformaciones milagrosas... ¿A quién he de parecerme?

Catalina señaló, tendiendo el brazo, el retrato llevado allí por miss Huming.

— En efecto; — dijo. — Se trata de que substituyas á alguien. He ahí el hombre cuyo puesto ocuparás de hoy en adelante.

Gaultfarault avanzó un paso, miró el cuadro, y retrocedió enseguida.

— ¡El gran marqués! — balbuceaba sorprendido. — ¡Ah! vanitas vanitatum! Eso quiere decir que la prisión ha dado fin de tan noble señor...

— Todavía no; — murmuró Gaspar Mouvette de modo que sólo la altiva intrigante pudiera oírlo. — Pero esta misma noche quedará todo terminado.

Sabedor ya de lo que se trataba, Gaultfarault había abierto su caja de afeites é instalándose frente á un espejo dióse á trabajar en la preparación de una peluca y una barba postiza.

Pocos minutos le bastaron para operar en su persona una transformación completa, ayudado en su trabajo por las indicaciones que el polizonte no dejaba de hacerle cuando lo creía necesario. Cuando hubo terminado de caracterizarse, volvióse bruscamente.

Preciso es confesar que produjo lo que se llama un efectazo.

— ¡El señor marqués! — rezongaba en su rincón miss Huming uniendo las manos en señal de admiración. — ¡El señor marqués envejecido de treinta años!

— ¡Él! ¡Él! — exclamó á su vez la reina mordiendo los labios.

— De donde se deduce, — concluyó Gaultfarault con tono ligero — que la nobleza es un don de nacimiento... Ahora, señora y querida soberana, — añadió inclinándose con gracia sorprendente — dignaos dar las órdenes oportunas para que vuestro desgraciado primo Jacobo de Villanueva-Marsan encarcelado de Vincennes tras diez años de duro cautiverio y vuelto felizmente al real favor, sea reintegrado á su hogar y al cariño de los suyos.

Durante este corto discurso la Médicis tuvo tiempo de reponerse de la sorpresa que le causara la transformación de Gaultfarault.

— Pronto, Huming, — dijo á la inglesa, — envuelve de nuevo ese cuadro, toma una carroza del Hotel de Soissons y lleva al señor marqués á una casa de baños antes de conducirle á la suya del arrabal de San Germán. Mientras él se ocupa en su tocado, llégate al aposento del duque de Saboya-Nemours para saber cómo sigue y ponerte de acuerdo con él. Cuanto á vos, — añadió volviéndose hacia el nuevo marqués — cuidado con lo que se dice y con lo que se hace. Miss Huming os dará durante el camino las explicaciones indispensables para el buen desempeño del papel que debéis representar en lo sucesivo. Podéis retiraros.

Un hombre envuelto en amplia capa oriental, hallábase apoyado en la balaustrada de la escalera que conducía á los apartamentos de la madre del rey.

Cuando Gaultfarault pasó cerca de él, aquel hombre,